

BIBLIOTECAS EN TRANSFORMACIÓN. DOCUMENTOS, IMÁGENES, OBRAS Y PUBLICACIONES PERIÓDICAS DE URUGUAY EN COLECCIONES DIGITALES

Lisa Block de Behar
Facultad de Información y Comunicación - Udelar

Aunque se les continúe atribuyendo el espacio privilegiado donde se radican los conocimientos, aquellos que se acumulan en ese saber de saberes que es su acervo, aunque los edificios permanezcan en su sitio y se conserven las instalaciones, las bibliotecas se transforman. Señalaría, entre otras redundancias, que esa colección –que la biblioteca preserva– constituye y justifica una institución que, además de reunir y salvaguardar los materiales que acopia, “tiene lugar” y ese lugar –su espacio– es un *tópico*, términos que no siempre son sinónimos.

Son varios y distintos los significados de *tópico* que latén en un contexto y, si bien en este caso prevalece la noción de “lugar”, de esa radicación en el espacio, alude asimismo a “argumentos”, a esas referencias que sirven para convencer a eventuales oyentes o lectores circunstanciales. Asociado al lugar, el tópico es también un tema compartido y recurrente, que la imaginación literaria funda y frecuenta o, cuando es demasiado previsible, descarta.

Así entendido, el lugar común habilita un estatuto de extraterritorialidad que, de reclamar fronteras, podría limitar con la república de las letras (Fumaroli), con esa suerte de patria intelectual y solida-

ria a la que se aspira desde hace varios siglos, pero que persevera en resguardar su régimen conjetural y utópico.

Además de ser la colección por excelencia y observar los objetivos de una institución que la exalta, la biblioteca interesa entonces como lugar y local, ambos: espacio y edificio, desde donde se transforma para instalarse en la mente como una biblioteca imaginaria (adapto, adapto y reescribo la noción de “museo imaginario” de André Malraux (1952), esa entidad inmaterial, personal o plural, en la que la literatura reside, que se asienta en el universo discursivo de cada individuo y, aun en silencio, comparte con otros integrantes de su misma comunidad cultural, no necesariamente nacional).

Para confirmar una siempre vigente aproximación al tema no sería justo evocar solo a Jorge Luis Borges aunque bastaría con aludir a “La biblioteca de Babel” (en *Ficciones*), a “La biblioteca total” publicado en 1939 (*Revista SUR*), inspirada en “Die Universalbibliothek” (1901) de Kurt Lasswitz, o a su “Poema de los dones” donde afirmó: “Yo, que me figuraba el Paraíso / bajo la especie de una biblioteca” (Borges, *El Hacedor* 54), como para que se admita que su sustancia (o su contenido) es, por lo menos, doblemente literaria.

A propósito de esa dualidad literaria recordaría una vez más a Amos Oz, el escritor israelí que dedica decenas de páginas de su novela autobiográfica a describir la biblioteca de su infancia, cuando en casa de sus padres, atraído por los encantos que descubría en los libros, gracias a su condición material, aspiraba a ser él mismo un libro, no un escritor, ni un narrador ni un personaje, sino un libro (Oz 35). Dramática, desalentadora, su fe en la duración de un ejemplar entre los numerosos ejemplares publicados, anticipa la existencia, imprevisible, de una copia, de copias, que sobreviven en la materialidad del papel y la tinta que soporta toda impresión.

Al evocar bibliotecas literarias (y también la redundancia vale), no omitiría la Biblioteca Nacional de Viena, ni al general Stumm von Bordwehr, quien al entrar al recinto calculó que serían unos diez mil años de lectura el tiempo que le requeriría la investigación que le interesaba llevar a cabo. Prefirió confiar en el avezado bibliotecario, quien lo introdujo directamente en la sala de catálogos. Allí tuvo la infeliz impresión de haber penetrado en el interior de un cráneo (Musil 202).

Por un lado la biblioteca se radica en un lugar geográfico, físico, real, con dirección legal constituida, un lugar que es un local, dos veces local y, por otro lado, un lugar retórico, alegórico, una metáfora: el cráneo. Esa dualidad (material y mental) no debería haber sido ajena a Alain Resnais (1922-2014) ya que en *Toute la mémoire du monde*, su film documental de 1956, se propuso abarcar la memoria de un mundo entero registrado en la vieja Bibliothèque nationale, el clásico y vetusto edificio, hoy restaurado, de la rue Richelieu de París, y en la severidad rutinaria de los funcionarios que la custodian.

“Dos bibliotecas”, como se suele decir cuando hay discrepancias y las posiciones se polarizan. Entre esas dos bibliotecas, o dos espacios, debería ubicar un tercer espacio. ¿Otro tercer mundo en el orden planetario? ¿Otra versión de un *orbis tertius* de un sistema solar o fantástico? No sé. Sé, sin embargo, que existe desde hace tiempo un cosmos propiamente espacial, que se ha establecido y extiende entre redes locales, nacionales y siderales.

Es en esa expansión, entre redes muy sutiles, donde logramos establecer bibliotecas digitales, esos sitios que hemos construido inicialmente en el *Seminario de análisis de la comunicación* con más interés que posibilidades, con más fervor que recursos, con más alegrías que adversidades (que las hubo y las hay). Allí seguimos empeñados en de-

sarrollar este estado de sitio en virtud de auspiciosos convenios con la *Biblioteca Nacional* o con el Instituto de Computación de la Facultad de Ingeniería o con generosas bibliotecas privadas, compromisos con nosotros mismos para cumplir una tarea que es infinita.

Gracias al entusiasmo inicial y conocimientos disciplinarios de Silvia Sánchez, bibliotecóloga, admirable colega y amiga inolvidable, iniciamos hace más de una década la construcción de la *Biblioteca digital de autores del Uruguay* (*Archivo de prensa*, se llamaba entonces). Sin ella y sin la lúcida, erudita, abnegada dedicación de Arturo Rodríguez Peixoto, no habríamos podido empezar ni avanzar. Como ahora Maximiliano Basile, Rodrigo Echániz, Mariana Noguera, Silvia nos acompañó en los primeros pasos de una aproximación personal a la que fuera la *Escuela de Bibliotecología*, una cercanía académica, afectiva y natural, una relación necesaria a la que mucho nos interesaba contribuir también en su nombre, de bendita memoria.

La nueva *Facultad de Información y Comunicación* formalizó e institucionalizó esta deseable y muy justa integración de dos servicios universitarios que no se llevaban mal pero se llevaban poco. El Instituto de Comunicación y el Instituto de Información se conocían de vista, diríamos, pero no mucho más.

Si entiendo bien, esta mesa de hoy, tal como la convocaron las profesoras Inés de Torres y Mónica Maronna, se ha integrado con la muy buena intención, que reconozco y agradezco, de reunirnos a quien procede emblemáticamente de Bibliotecología, la profesora Alicia Casas, y quien procede de *Ciencias de la Comunicación* desde su ya añosa fundación.

Inés de Torres me pidió un título para esta presentación y pensaba sugerirle varios: “La trama celeste”, “En busca del tiempo perdido”, “El tamaño de mi esperanza”, “Estado de sitio”, entre otros, pero

todos esos títulos ya han sido utilizados con reconocido acierto, de modo que finalmente pareció menos pretencioso proponer uno meramente descriptivo: “Breves consideraciones sobre la construcción de bibliotecas digitales dedicadas a autores y periódicos del Uruguay” o, menos prolongado, “Bibliotecas en transformación” que se ajusta, asimismo, a una actividad en obra y al estado de las cosas, de las cosas que permanecen y cambian.

Ahora bien, antes que nada y después de estos años en los que se multiplicaron las satisfacciones pero, como insinuamos, no faltaron las vicisitudes, me aventuro a empezar por el final y adelantar una conclusión. Si se suele decir que la violencia provoca más violencia (aunque no creo que sea siempre así), afirmaré con certeza, en cambio, que la generosidad provoca más generosidad. Y, dadas estas experiencias, puedo dar fe.

Son tantos los menesteres que conciernen a las páginas de los sitios: *Biblioteca digital de autores uruguayos*, *Publicaciones periódicas del Uruguay* y *Figuras*, que referir a algunos de ellos postergaría demasiado la descripción de ciertos aspectos generales que queremos compartir con ustedes, de los objetivos que tratamos de atender con éxito desigual pero con la convicción creciente de que es necesario digitalizar, pronto y bien, todo lo que sea posible.

Interesa recuperar, sobre todo, autores de nuestro pasado, sus obras, documentos, manuscritos, correspondencia, imágenes, críticas. Todo lo que se logre hacer para rescatar y restituir figura y obra con el propósito de pasar de la ignorancia o indiferencia al conocimiento y de la excesiva luz, que se reserva solo a pocos nombres y hombres, en detrimento de tantos otros, de muchos más.

Habría que citar una vez más “La biblioteca de Babel”, el cuento que no podría faltar a esta *cita* -sin descartar la feliz homonimia que

el español privilegia-, una dilogía,¹ en la que se proyecta cualquier reflexión que involucre a las bibliotecas. Dice Borges: “En el zaguán hay un espejo, que fielmente duplica las apariencias. Los hombres suelen inferir de ese espejo que la Biblioteca no es infinita (si lo fuera realmente ¿a qué esa duplicación ilusoria?)” (Borges, *Ficciones* 85).

También cabe preguntarse ¿para qué agregar una biblioteca digital más cuando ya existen mil y una bibliotecas reales y virtuales? Son tantos, tantos los libros y tan escaso el tiempo... Es imposible no recordar al Rey Sabio o a quien, en su nombre, termina el *Eclesiastés* diciendo, varios siglos antes de la Era Cristiana: “12:12 – No hay fin de hacer muchos libros; y el mucho estudio es fatiga de la carne” (en *La Santa Biblia* 678).

Y más sorprende que ya se dijera con acierto en épocas remotas cuando los libros se esfuman entre nubes de humo y nieblas de nada.² Es cierto que fue el mismo rey y poeta que dijo “No hay nada nuevo bajo el sol” (*Nihil sub solem novus*) sabiendo que tampoco era nueva esa sentencia, ni la inevitable pesadumbre que provoca. Sorprende asimismo que, según señalaba hace un tiempo María Simon, decana de Ingeniería, sea esa la consigna de un Instituto de su Facultad. Si quienes se dedican a desarrollar las ciencias y a crear tecnologías siempre nuevas reivindican esa cita ancestral como su lema, qué se puede esperar de quienes, limitados por las reducidas dimensiones del alfabeto, por algo más de dos discutidas docenas de letras, se refugian en esa precariedad.

1 *Dilogía* refiere a una palabra que tiene dos significados distintos y se suele usar con ambos significados en un mismo enunciado.

2 Aludo a la traducción o, mejor dicho, transcreación, que realiza Haroldo de Campos del “Eclesiastés” o, según el título de Haroldo: *Qobélet. O Que Sabe. Poema Sapiencial*: “Névoa de nadas § disse O-que-Sabe” (de Campos s/n).

Demasiadas citas, es cierto, por eso se lamentaba el personaje sin nombre de la premonitoria utopía rioplatense: “Ya no nos quedan más que citas. La lengua es un sistema de citas” (Borges, *El Libro* 55).

Hace años, al amparo de la *Bibliothèque nationale* que ya se recordaba, Walter Benjamin (1892-1940) reunía copiosas citas textuales, extensas, minuciosas, que transcribía durante largas horas de paciente búsqueda y reflexiva lectura, custodiado por el “ángel de la historia”, ese *Angelus Novus*, el famoso cuadro de Paul Klee (1879-1940). Fijo en el cuadro pero trashumante, protegido por afectos amistosos, el ángel no disimula la desesperada perplejidad ante la época de tragedias que se aproximaba. Objeto de más de un desplazamiento, a diferencia de Benjamin que, perseguido por los nazis, huyó y, sin alternativa, no vaciló en suicidarse, el cuadro perdura.

Antes de partir, Benjamin pudo entregarlo a Georges Bataille (1897-1962), quien lo escondió durante los años de la Ocupación alemana en esa misma Biblioteca de París, junto con manuscritos de Benjamin. Es curioso; el *Ángel Nuevo* se oculta en la Biblioteca, un episodio biográfico, histórico, que devino una alegoría que ni Klee ni Benjamin, muertos en 1940, pudieron prever, o sí. Después de la guerra, el cuadro del ángel, ya a salvo, pasó a manos de Theodor Adorno (1903-1969), quien se lo regaló a Gershom Scholem (1897-1982), el amigo de Benjamin, el mayor, el más leal de sus allegados. A la muerte de este filólogo, historiador, filósofo que ahondó en los misterios de la mística judía, su viuda lo donó al Museo de Jerusalén y ahí se encuentra. “Angel come home”, titulaba Jason Farrow, un crítico del New York Times y de The Guardian, en “How

Klee's 'angel oh history' took flight",³ donde cuenta el peregrinaje del *Angelus Novus*. Si a principios de la década del veinte, Benjamin prefirió no emigrar a Israel a pesar de la ayuda e insistencia de Gershom Scholem, al menos su ángel reside en la Ciudad Santa. Bien llamado, el "ángel de la historia" debió atravesar vicisitudes propias de sus tiempos para al fin alcanzar una digna morada bajo cielos de Jerusalén que a los ángeles no les son ajenos.

Benjamin, como Klee, advertía las angustias del sombrío anuncio angelológico sobre el crecimiento incontenible de avanzadas mecánicas, de máquinas que destruyen y amontonan desechos, despojos abrumadores de la historia que la tecnología desarrolla, multiplica y descarta. Contra la acumulación inútil de tales ruinas se debatía Benjamin, lamentando las devastaciones de la catástrofe: "Lo que llamamos progreso es justamente esta tempestad" (Benjamin). Pero, en esos años, las venturas de la contrapartida informática todavía solo se presentían.

No faltan los mensajes que nos llegan de curiosos, lectores, investigadores, usuarios que visitan nuestros sitios, que se dan cuenta de los objetivos que nos proponemos y tratamos de llevar a cabo, como decíamos, no siempre con éxito, pero cada vez con mayor convicción ya que urge digitalizar datos de autores, sus obras, documentos, manuscritos, correspondencia, imágenes, críticas. Es una experiencia extraordinaria ir al encuentro del retiro silencioso, involuntario e indeseado de aquellos numerosos autores donde, a su pesar y sin saberlo, se ocultan, darles lugar en el sitio en construcción, de luz y tiempo en la pantalla y ya instalados, ir ingresando contenidos a

3 Farago, Jason. "How Klee's 'angel oh history' took flight". Web 21 ago. 2017. <http://www.bbc.com/culture/story/20160401-how-klees-angel-of-history-took-flight>.

nombres vacíos que no designan ni siquiera rastros de los fantasmas en los que los arrumbó el olvido. Dada la inexistencia a la que los ha reducido la indolencia de muchos, así como la excesiva iluminación de pocos que encandilan o dejan bajo tierra o en sombras a los demás, el denodado intento se justifica y, además, gratifica.

Parece indispensable empezar por saber algo de esos autores, saber que existieron, qué pensaron, qué escribieron, qué publicaron, pero sin intentar construir ni un panteón ni un canon, poder aproximarse a su producción desde cerca o a distancia, sin fronteras, sin límites.

Conviene destacar la necesidad apremiante de proteger y poner en línea la prensa del pasado, antes de que se hagan un banquete bibliofílico los insectos..., aunque pueden ser aún más temibles depredadores de otras especies. También la humedad, las manchas, los hongos que proliferan sobre el papel de publicaciones que, como sus humanos autores, se deshacen, polvo en el polvo. Conste que también las bibliotecas en línea padecen riesgos de depredación, desde los accidentes informáticos de los navegadores hasta usurpadores de los materiales que trasladan sin escrúpulos el trabajo realizado por otros, cuando es de desear que se sumen las iniciativas y los esfuerzos se complementen.

Todos los años, al comenzar las clases e informar a los estudiantes sobre la existencia de los sitios y nombrar a los autores que ya figuran en línea, y otros que habría que ingresar, advierten que los nombres huecos de estos últimos solo nombran el vacío, la ausencia, como si fueran anónimos sin obra. “¿Gustavo Gallinal? No lo conozco pero ha de ser algo de Alejandro Gallinal, en Playa Honda, a pocas cuerdas de casa”. Daniel Muñoz, Emilio Frugoni, Carlos Roxlo, Juan Carlos Gómez, tantos, tantos otros. Pasan de esa desaprensión ur-

baña y lapidaria al conocimiento progresivo de la obra de escritores que fueron, como casi todos, periodistas, políticos, poetas.

Casi sin advertirlo, se suele dar una suerte de tránsito de la indiferencia a la pasión. En efecto, los estudiantes empiezan por realizar de a poco una *búsqueda* exhaustiva, esa instancia donde comienza la investigación. A veces hace falta recordar que en español, a diferencia de otros idiomas, la *búsqueda* no se asocia necesariamente a la investigación, como en *chercher et rechercher*, *cercare e ricercare*, *to search and to research*, términos que denotan en la pesquisa, en la investigación, la *búsqueda* previa y los hallazgos consecutivos.

La docencia contribuye a afianzar la necesaria preservación del patrimonio literario, histórico y periodístico, así como la *búsqueda* contribuye a iniciar a los estudiantes en gestiones de investigación, a las que sumamos la capacitación necesaria para la construcción de páginas en internet y la interiorización con los distintos tipos de plataformas y herramientas informáticas. Luego habrá que alentar la difusión en la Universidad, en el país y, más allá de la comarca, descubriendo esas revelaciones autóctonas, al mundo, descubriéndolo.

¿Qué más decir? Estos proyectos, que son a su vez realizaciones, individuales y colectivas, personales y de equipo, podrían responder no solo a los objetivos de un Seminario sino de la Universidad de la República que, similares a la trinidad doctrinaria o a la tríada revolucionaria, se resumen en Docencia, Investigación, Extensión. Y, sin cuestionar la irradiación de esos faros (o su discutida definición), pensando en las redes, los sitios y la aplicación de las tecnologías que los difunden, imagino con dificultad muchas otras tareas que iguallen estos propósitos y procedimientos de extensión cultural, por ejemplo, en su sentido más expansivo.

¿Desalienta reconocer, con similar desánimo al que sentía el General von Bordwehr, que es infinita la tarea? Si es así, no habría que postergarla y comenzarla ya en aquellos ámbitos donde aún no se verifica. Resulta imperioso, además, continuarla para incorporar autores nuevos, es decir los más viejos y, más que nada, ampliar y profundizar en la producción de aquellos que ya se encuentran en su sitio pero cuya obra queda aún por investigar y completar.

Se sabe que hay montones de diarios, semanarios, revistas, suplementos, fascículos de otros tiempos, publicaciones fugaces por naturaleza que revelan, sin embargo, la vigencia de acontecimientos de una historia cultural nacional. Requieren investigaciones que se afanen por encontrarlos si no están accesibles; por reunirlos si están dispersos; ordenarlos e introducirlos en los sitios de Internet, ampliando el acervo alternativo, inmediato y estelar, que deviene posible, libre, continuo sin interrupción.

¿Parece un delirio? Se parece. Tal vez en un principio lo haya sido y lo siga siendo esta patriada por querer poner a disposición de usuarios, lectores e investigadores, documentos y obras que yacían en colecciones inertes, públicas o privadas, solo al alcance de unos pocos individuos aislados o de pequeñas minorías de cuya existencia y producción apenas uno se entera. Son conocidos los problemas planteados por los obstáculos que interponen la distancia, los horarios, los funcionarios, sus funciones y defunciones.

Se recuerda más de una vez que tanto teólogos, talmudistas como poetas (ya se dijo) han imaginado la biblioteca bajo especie de eternidad o de Paraíso, que a los efectos celestiales no se diferencian. En ese espacio no sería exagerado reconocer que una suerte de milagro ocurre cuando se logra rescatar a un autor ignorado, pasando por alto –si del Cielo se trata– el pasado, la cortedad del presente en el

que desapareció y una posteridad omisa o que las exclusiones (deliberadas o no) de la posteridad anula.

Más aún, por el rescate que realiza un joven estudiante, un autor se anima, empieza a existir, tanto que él y su obra se vuelven nuestros contemporáneos y, gracias a las herramientas informáticas que facilitan la tarea, se proyectan hacia el espacio y los tiempos por venir.

Se busca el pasado desde un presente igual de inasible y efímero que el que pasó, configurando una visión, una perspectiva visionaria, que hace coincidir el pasado, el presente, el futuro en una misma instancia, un instante que, por la suspensión del tiempo (un tiempo sin tiempo) coincide o se parece a la eternidad, pero entrevista como una historia, la *Historia de la eternidad* que pretendió escribir Borges, citando, tal vez sin saberlo, a Ernest Renan.

En el ensayo de Borges, un historiador afirma que, de acuerdo con los teólogos: “La conservación de este mundo es una perpetua creación y que los verbos *conservar* y *crear*, tan enemistados aquí, son sinónimos en el Cielo” (Borges 1936).

Cuando las bibliotecas cumplen con los cometidos que les fueron asignados y logran que prevalezca el cuidado del patrimonio que se les confía, cuando los exhaustivos catálogos conservan y preservan su acervo y sus custodios reproducen y analizan en detalladas taxonomías la fortuna de sus colecciones, entonces el *inventario deviene una invención*. Si las palabras tienen la palabra, conviene recordar que *invenire* en latín significa tanto “encontrar” (lo que ya existe) como “inventar” (lo que empieza a existir).

¿Cómo no recordar a esta altura a Louis-Auguste Blanqui (1805-1881), el mayor conspirador del siglo XIX? Blanqui, el feroz revolucionario, temido por la monarquía, por la Iglesia, por las institu-

ciones, la banca y por el propio Marx, un insurrecto que vivió más de cuarenta años en diferentes cárceles de Francia y escribió en una de sus celdas *La eternidad a través de los astros. Hipótesis astronómica* (cuya primera edición en francés es de 1872). Desconfiando del progreso, renegando de los cambios, resignándose a las repeticiones, le confiaba al espacio el advenimiento inminente de una eternidad etérea, entre astros, estrellas, planetas. Traduzco solo las líneas finales de esa extraña ficción cósmica:

Siempre y en todas partes, en la tierra, el mismo drama, el mismo escenario, para la misma escena de una humanidad ruidosa, infatuada de su grandeza, que se cree el universo (...) la misma monotonía, el mismo inmovilismo (...) El universo se repite sin fin y piafa en el mismo lugar. La eternidad juega imperturbablemente en el infinito las mismas representaciones (Blanqui 60).

¿No preveía Blanqui que esa duplicación o multiplicación propiciaría la existencia de sitios en Internet, que un día sería esa la gran *revolución* que se había obstinado en provocar? Es probable que, al cifrar la esperanza en “el tamaño del espacio” (estoy reescribiendo uno de los primeros títulos de Borges), utilizando herramientas eficaces, entre copias innúmeras, con aura o sin ella, sea posible reproducir objetos, personas, países, libros, mapas, todo eso que permanecería gracias a los astros, a sus constelaciones y revoluciones. En esa dimensión sideral radicaba Blanqui réplicas incontables y su esperanza; como ahora.

No parece excéntrica la misión ni desmedida la ambición de seguir construyendo sitios, de conservar publicaciones e inéditos y remontarlos a las redes astrales, de dirigirlos hacia las estrellas, de elevarlos hasta un espacio que va más allá de nuestra condición terrestre y terrenal. Tal vez ese gesto contribuya a acercar la eternidad y esa suerte de creación que descubre al creador y, por medio del inventario, revela al inventor.

Blanqui *consideraba* (y el verbo es significativamente pertinente) que la eternidad se vale de repeticiones capaces de derogar el tiempo, el devenir, el progreso, las revoluciones y la historia. Por medio de los cuerpos celestes logra acceder al infinito que el espacio sideral les depara, donde la revolución se refiere a los movimientos de los astros en sus órbitas y donde las estrellas no se cuentan.

Al llegar, vía Blanqui, a esas estrellas, habría que detenerse en su visión fantasmagórica aunque, en realidad, me había propuesto acercarme y hablarles de otras estrellas. En primer término de *The Southern Star/La Estrella del Sur*, de breve existencia, entre el 23 de mayo de 1807 y el 4 de julio del mismo año, “a weekly newspaper”, un semanario impreso en la Real Imprenta de *La Estrella del Sur*, así se lee. No solo porque es el primer periódico, de bilingüe vanguardia, sino porque el ejemplar de un número “Extraordinario” que tenemos en Periódicas, conserva unas líneas manuscritas de Larrañaga, según afirma al pie Berro P., Pedro o Prudencio, no sé, hablando de Sir Samuel Achmuty.

Son conocidas esas publicaciones, *The Southern Star* o *Estrella del Sur* y otras estrellas que forman *La Cruz del Sur*, una publicación prestigiosa que aparece el 15 de mayo de 1924 y se prolonga hasta el 4 de mayo de 1931. Siempre las estrellas iluminando nuestros medios, que intentan convertir su condición austral en astral.

En efecto, la revista, dirigida por Alberto Lasplaces (1887-1950), es una constelación estelar, con valiosos textos de Fernán Silva Valdés, Emilio Frugoni, Emilio Oribe, Pedro Figari, Ildefonso Pereda Valdés, Juana de Ibarbourou, Delmira Agustini, con igualmente valiosas imágenes de Barradas, Norah Borges, Federico Lanau, Melchor Méndez Magariños. Muy apreciados textos e imágenes que tenemos en línea y que, gracias a las proyecciones realizadas por Maxi-

miliano Basile, se pudieron ver durante esta presentación.

Pero, antes de terminar, recordaría otra vocación sideral de la prensa del siglo XIX, más marcial y polémica que las anteriores. Me refiero a *La Estrella y el Cañón de la Libertad* (1839-1840), periódico bise-manal del que aparecieron solo diez números, de tono y tenor de la más conocida y más terminante *¡Muera Rosas!* (1841-1842).

Hace unos minutos me referí a la fe que Blanqui, incrédulo, revolucionario, radical como pocos, acreditaba a los astros, a las estrellas, a los planetas pero sobre todo a los cometas. Su pequeño, curioso y precursor libro, analiza y define a los cometas como otros físicos de su época pero con certezas que lo distinguen de sus enjundiosos estudios. En su primer número, como en el primer capítulo de Blanqui, esta estrella se detiene a describir los cometas, pero su intención es diferente, y no es de extrañar que sean los astros los que precipitan tantas casualidades y, aunque ya sería oportuno terminar, parece imposible porque sus recorridos celestiales, como los de las bibliotecas y las redes, son interminables.

Bibliografía

Benjamin, Walter. *Sobre el concepto de historia*, en Obras, libro I, Vol.2. Madrid: Abada Editores, 2008.

Borges, Jorge Luis. *El libro de arena*. Buenos Aires: Emecé, 1975.

—. *El hacedor*. Buenos Aires: Emecé, 1960.

—. *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé. 1956

—. *Revista Sur*. Ago. 1939.

Blanqui, Louis-Auguste. *Hipótesis astronómica. La eternidad a través de los astros*. Trad. Lisa Block de Behar. México: Siglo XXI, 2000.

de Campos, Haroldo. *Qohélet. O Que Sabe. Poema Sapiencial*. São Paulo: Perspectiva, 1990.

Fumaroli, Marc. *La république des lettres*. Paris: Éditions Gallimard, 2015.

Malraux, André. *Le musée imaginaire de la sculpture mondiale*. Paris: La Pléiade, 1952.

Musil, Robert. *El hombre sin atributos. Volumen II*. Barcelona: Seix Barral, 1965.

Oz, Amos. *Historia de amor y oscuridad*. Madrid: Siruela, 2008.

La Santa Biblia. Antiguo y Nuevo Testamento. Miami: Editorial Vida, 1981.